

EJERCICIO XXXVIII.

PARA EL DOMINGO NONO DESPUES
DE PENTECOSTES.



INSTRUCCION TRIGESIMOCTAVA.—LA MISERICORDIA
Y LA CLEMENCIA DE LA VIRGEN SANTISIMA SON SIN
LIMITES.

Lex clementia in lingua ejus.

Su lengua ofrece la ley de la clemencia. (*Prov. cap. 31, v. 26.*)

LEEMOS en las Santas Escrituras, en el libro de Ester, que bajo el reinado de Asuero se publicó un edicto del rey, por el cual se condenaba á muerte á todos los judíos. Mardoqueo, lleno de celo por el culto de Dios, y de caridad por la salud de sus hermanos, recomendó á la reina Ester todos los hebreos, por cuya vida no debía vacilar en interesarse con el rey, representándole la triste situacion de los mismos, y suplicándole la revocacion del fatal decreto. Ester, temiendo ser ella misma víctima del enojo del rey, si quebrantaba la ley que prohibia acercarse al monarca sin orden espresa, no se atrevió por de pronto á encargarse de tan

EJERCICIO XXXVIII.

365

peligrosa empresa. Mas habiendo Mardoqueo replicado á la reina, diciéndola que si Dios la habia elevado al trono, era para que colocada en él sirviese de consuelo á sus hermanos, aun á espensas de su propia vida; Ester no tuvo ya reparo en presentarse al rey, el cual así como la vió, la preguntó con un aire sumamente placentero, ¿qué era lo que queria? *Qua est petitio tua?* “¡Oh mi rey! le respondió: si he hallado gracia en vuestros ojos, os suplico en favor de mi pueblo, al cual un bárbaro ha resuelto “sacrificar.” *O Rex, dona mihi animam meam, pro qua rogo, et populum meum, pro quo obsecro.*

He aquí justamente lo que sucede todos los dias con respecto á María, cuando los pecadores reclaman su socorro. Ester por su dulzura y su bondad es una de las mas afectuosas imágenes de la Virgen Santísima: y lo que la una hizo en otro tiempo á favor de los judíos, lo hace la otra todos los dias en favor nuestro: porque puede decirse con razon, que el ejercicio de la misericordia es el oficio diario, ó mas bien la ocupacion continua de María. Todo lo que hay en ella recuerda este augusto carácter. Su título de Reina, con el cual la aclama la Iglesia, nos manifiesta que llena cumplida-

mente los deberes de tal; pues el nombre de Reina, segun lo nota San Alberto Magno, significa *providencia y compasion* en favor de los desgraciados. María es pues *toda misericordia*: la misericordia es su dote: aun es mas: es su misma esencia, si es lícito espresarse así: por manera que el que ha pronunciado el nombre de María, ha nombrado la misericordia, pues María no puede estar sin la misericordia, ni la misericordia, en el sentido en que ahora la entendemos, puede hallarse sin María. El célebre Gerson quiso espresar bien este pensamiento, cuando atendiendo á las palabras del profeta Rey, "Dos cosas he sabido: que el poder es de Dios, y la misericordia pertenece al Señor:" observa que el reino de Dios consiste en dos cosas, á saber: la *justicia* y la *misericordia*. Jesucristo lo ha dividido como en dos partés: ha reservado para sí el imperio de la justicia, y el de la misericordia lo ha cedido á María. El Angel de las escuelas confirma perfectamente esta esplicacion cuando dice: "que cuando María concibió y parió al Verbo eterno, se le dió en patrimonio la mitad del reino: de modo que ella quedó hecha Reina de la *misericordia*, y su Hijo Rey de la *justicia*."

David decia á Dios: "Señor, vos daréis el,

"juicio al Rey, y la justicia á su hijo." Pero San Buenaventura en su Salterio da otro giro á este verso, diciendo: "Señor, dad la *justicia* al Rey, y la *misericordia* á su Madre."

¿Cuántas cosas podriamos añadir para demostrar que María no es mas que *misericordia*, y que todo lo que ella hace se dirige á la *clemencia*! Ciertamente para denotar estos dos grandes atributos decia el Profeta: *Unxit te Deus oleo letitiae*. Dios os ha unguido con el óleo de la alegría. Pero ¿cuál es esta uncion santa que María ha recibido de las manos de su Dios? Es la de la *misericordia*, cuya efusion derramada en el corazon de los desgraciados, los colma de alegría y de consuelo con la consideracion de que su Reina en el cielo no está ocupada sino en llenar en favor de los mismos su oficio de la *misericordia*, que la hace brillar continuamente con la prodigiosa multitud de gracias que no cesa de repartir. Puesta constantemente delante del trono del Señor, le dice: "¡Oh mi Rey, que al mismo tiempo eres mi Hijo! yo os pido gracia en favor de ese pecador, que habeis redimido con la sangre que yo misma os he dado." En fin, implora de continuo la bondad de Dios, haciendo valer todos los títulos que la hacen amable á

sus ojos; y la ley de la clemencia que está en sus labios, prevalece siempre; y toda súplica que sale de su boca, tiene en cierto modo fuerza de ley: *lex clementia in lingua ejus*. Siendo Reina de la *misericordia*, abre á su placer los inmensos tesoros de la misericordia divina, y los distribuye de tal manera, que ningun pecador puede perecer si está protegido por María.

Podrá ser que la grandeza y la santidad de esta Reina poderosa nos aturda, y nos retraiga en cierto modo de presentarnos delante de ella, siendo como somos tan culpables á los ojos de Dios. “Pero animémonos, dice San Gregorio: “porque cuanto mas santa y elevada es María, “tanto mas dulce y afable se muestra al peccador.” No sucede con María lo que sucedia en otro tiempo con el rey Asuero, en cuya presencia nadie podia ponerse sin ser llamado, bajo pena de muerte. María acoge sin escepcion á todos los hombres, tanto á los ricos como á los pobres, tanto á los sábios como á los ignorantes: les ofrece la leche de la misericordia para animar su confianza, y la lana ó el defensivo de su intercesion como un muro insuperable para que suspendan su efecto los tiros que la divina justicia lanza contra ellos. No: no sucede en María lo que sucede con los

reyes de la tierra, que prometen mucho y dan poco, ya porque unas veces no pueden dar lo que han prometido, ya porque en otras ocasiones les falta la voluntad de cumplir sus promesas. La Reina de la *misericordia* á nadie engaña: puede todo lo que quiere en favor de sus siervos: nadie se despide de ella, con el corazon descontento; y lo que es mas admirable y llena mas de consuelo es, que cuanto mas pobres somos, tanto mas pronto tenemos el socorro; y cuanto mas somos miserables, tanto mas se derrama sobre nosotros la misericordia de esta Virgen generosa.

Sea, pues, ilimitada nuestra confianza en María, pues sabemos que su poder iguala á su misericordia. Esta buena Madre lo hizo entender así á santa Brígida, cuando le dijo: “Yo soy la Reina del cielo, y la Madre de misericordia: yo soy la alegría del justo, y la puer-ta del socorro, por la cual los pecadores llegan á Dios: nadie hay en la tierra á quien yo rehuse mi piedad: no hay uno solo que no haya recibido alguna gracia por mi intercesion, aun cuando no haya sido mas que la de ser tentado con menos violencia por el demonio: ningun pecador hay, á menos que se haya maldecido á sí mismo, (lo que debe entenderse

“de la irrevocable maldicion del condenado)
 “ningun pecador hay al cual Dios repruebe de
 “tal modo, que no pueda alcanzar otra vez la
 “divina gracia por mi medio. Por esta razon
 “no aguardan mas que desgracias, y desgra-
 “cias eternas, al que pudiendo en esta vida
 “acudir á mi misericordia, no lo hace, perdién-
 “dose miserablemente por su culpa.”

EJEMPLO XXXVIII.

(*Historia de una grande pecadora, convertida por haber recurrido á María.*)

Uno de los rasgos mas penetrantes de la misericordia de María con los pecadores, es el que convirtió á María Egipcíaca, la cual á la edad de doce años se fugó de la casa de sus padres, y pasó á Alejandría, en donde su vida licenciosa escandalizaba á todos sus habitantes.

Despues de diez y seis años de desórdenes, le ocurrió el capricho de juntarse con una tropa de peregrinos, que se embarcaban para Jerusalem, á donde iban para celebrar la fiesta de la *Ecsaltacion de la Santa Cruz*. Un sentimiento de curiosidad la hizo entrar en la iglesia con la gente; pero se sintió detenida por una mano invisible, y por tres veces intentó inútilmente traspasar la puerta. Alumbrada por una luz celestial, se reconoció á sí misma y conoció que Dios la rechazaba de su santa casa por razon de sus crímenes. Sobre el pórtico de la iglesia habia una imá-

gen de María pintada en la pared. Levantando los ojos por casualidad y observando la imágen, se prostró, y derramando copiosas lágrimas, hizo la siguiente oracion, mas con el corazon que con la boca: “¡Oh Madre de mi Dios! Tened piedad de una miserable criatura. Vos sois el refugio de los pecadores: no me rehuséis el consuelo de ver y de adorar el sagrado madero, en el cual mi Salvador, hijo vuestro, ha derramado su sangre para rescatarme. Si me concedéis esta gracia, yo os prometo que iré á llorar mis pecados por todo el resto de mi vida en el lugar que me señalaréis.”

Asegurada despues de esta oracion de que no se le negaría la entrada en la iglesia, se levantó y entró sin resistencia con la demas gente: adoró la cruz con sentimientos de la mas viva compuncion, y volviendo otra vez á la imágen, dijo: “¡Oh Madre mia! ¡Oh protectora mia! Aquí me teneis pronta para todo: ¿á dónde quereis que vaya?” Y oyó una voz que le respondió: “Pasa el Jordan, y allí hallarás el lugar de tu reposo.” La pecadora hizo una confesion general de toda su vida, recibió la santa comunión, y habiendo pasado á la otra parte del rio, se retiró al desierto, en donde entendió que era el lugar destinado para hacer penitencia. Durante los diez y siete primeros años, sufrió los mas vivos y terribles asaltos por parte del enemigo de las almas: en semejantes casos no hacia sino invocar á María, y con el socorro de la Virgen salió siempre victoriosa.

Despues de estos años de continuas tentaciones, cesaron los combates, y pasó otros treinta en medio

de la mas dulce tranquilidad de espíritu, cuando la Divina Providencia permitió que el abad Zósimo descubriese este precioso tesoro. La penitenta contó su historia al solitario, y le rogó que volviese al año siguiente y le llevase la Eucaristía. El abad se lo prometió, y llegado el tiempo cumplió la palabra. Habiendo recibido la comunión, le hizo prometer que al otro año volvería en el mismo día. Zósimo volvió y la halló muerta. Su cuerpo estaba rodeado de una brillante luz, y en la arena estaban grabadas las siguientes palabras: "Enterrad en este lugar el cuerpo de la pobre pecadora María, y rogad por el reposo de su alma." Zósimo dió sepultura al santo cuerpo, ayudado de un leon que se presentó para abrir el hoyo. Y habiendo vuelto al monasterio, refirió las maravillas de la divina misericordia, y de la protección de la Virgen Santísima en favor de la santa penitenta. (*Vida de la santa.*)

PRACTICA XXXVIII, EN HONOR DE MARIA.

(*De San Bernardo.*)

Recurrid á menudo á María: esta es una de las prácticas que se hacen en honor de la Virgen y que mas le agradan. Todos sus devotos la observan con fidelidad, y San Bernardo, que la siguió esactamente, no cesá de recomendarla á los fieles.

ORACION XXXVIII, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(*De San Bernardo.*)

¡Oh Maria! No me rehuseis vuestro socorro. ¡Y

EJERCICIO XXXVIII.

cómo me lo habeis de rehusar siendo, como sois, la Reina de misericordia? ¿Quiénes son los objetos de vuestra misericordia sino los miserables? Atended, pues, que yo soy el mas miserable de todos, y por tanto necesito mas vuestra protección. No digais que la multitud de mis ofensas os impide socorrerme: la grandeza de vuestra clemencia sobrepuja á la grandeza de mi malicia. Nada hay que os resista, porque el Criador de todas las cosas, que lo es tambien vuestro, os ha honrado como á madre suya, haciendo que vuestra gloria sea la suya propia. Tened, pues, piedad de nosotros, y haced que nos salvemos. Amen.

FIN DEL TOMO PRIMERO.